



LOS CAPUCHINOS

José Miranda

A los 25 años del regreso de los frailes

DE COMO LOS CAPUCHINOS SE INSTALARON CON HUMILDAD Y POBREZA EN LA VILLA DE RENTERIA EN 1958

Este capítulo contiene ciertas florecillas, la vida y milagros de los capuchinos que habitaron en el primer cenobio de Rentería, a partir de 1958.

En alabanza de Cristo. Amén.

Primeramente se ha de considerar que la entrada de los frailes en Rentería fue semejante en todo a la de los primeros compañeros de San Francisco en sus fundaciones de San Damián, Rivo Torto, etc...

Pocos frailes y huéspedes forasteros de una humilde casa, porque «más presto se sube al cielo desde una choza, que desde un palacio»: fray Jesús de Bedoña, su-

perior; fray Bernabé de Larraul, a quien todos llamaban «aita santua»; fray Remigio de Zumaya, pequeño y fuerte y con unas barbas que le llegaban hasta el suelo, por eso algunos otros frailes le llamaban «Sansón» y, cuando se le ocurrió recortárselas, le llamaban «Sansónico»; fray Doroteo de Aquerreta, cocinero «sasiletrado» con una carcajada de oreja a oreja; fray Faustino de Bedayo, andarín, gran trabajador, que tenía entre sus hermanos otros dos y medio, que eran capuchinos. Todos ellos guipuzcoanos por la gracia de Dios, con un esukera del caserío de donde procedían ¡gran equipo para traer paz y optimismo a muchos renterianos, todavía dolientes desde la guerra del 36!

Cinco frailes como las cinco llagas de Cristo y como las de Francisco. Algún tiempo después vino fray José M.º de Oyarzun, misionero en Chile durante muchos años. Había allí experimentado las bendiciones de María Santí-

sima, bajo la advocación de Nuestra Señora de Fátima. Al llegar a Rentería, quiso colocar esta nueva fundación bajo los auspicios de tan gran Señora.

La Divina Providencia se puso de su parte, puesto que para vivienda les ofrecieron un caserón, que había sido fábrica de rosarios y en él todavía existía una imagen de la Virgen de Fátima (1).

El caserón llevaba como nombre «Pake tokia». El lugar era en verdad un remanso de paz, alejado de la población y solo turbado por las vibraciones telúricas del «topo», que discurre junto a sus límites.

Las décadas siguientes se encargaron de ahogar en hormigón urbanístico aquel pequeño cielo en la tierra, aquel «Pake tokia».

Con la creación de los barrios de Alaberga, Galtzaborda y, más tarde, Beraun los hijos de San Francisco se vieron en poco tiempo rodeados de vecinos. Los frailes recibían a todos con los brazos abiertos. Solo alguno, a ratos bromista, a ratos cascarrabias, echaba agua con lejía a las niñas que alborotaban gozosamente bajo los ventanales del caserón ¡y les estropeaba el vestido nuevo de los domingos!

Recién llegados, fácilmente los frailes adaptaron las dependencias de la vieja casa a sus necesidades más penitentes:

la bodega para menesteres primarios de subsistencia, un pequeño gallinero, algún cerdo que otro, cuarto trastero, etc...; la primera planta, que había sido la gran sala de la fábrica de rosarios, se destinó a capilla, decorada por un fraile, que manejaba con gusto los pinceles, quedando presidida por la imagen de la Virgen de Fátima, más o menos donde antes había estado y todo esto amueblado con bancos y confesionarios venidos de los más dispares lugares, en amalgama original y variopinto o en estilo gótico-renacentista-churrigueresco; la segunda planta se convirtió casi sin retoques en vivienda de los frailes: unos sencillos biombos, viejos camastros de la primera guerra europea, una cocina de segunda mano... y sin más, a vivir.

Muy luego comenzaron los simpáticos problemas de una vivienda «adaptada». De noche, cuando fray Doro-teo de Aquerreta, que era cojo, dormía a pierna suelta, sus ronquidos se oían espléndidamente por los humildes dormitorios de los demás. Algunos optaban por ponerse en oración, pero... toda la noche ¡no! También fray José M.^a de Oyarzun tenía un dormir algo extraño, sobre todo por Navidades, que le daba por cantar villancicos, sin que él pudiese corregirse. Fray Remigio de Zumaya, desvelado, cogía la pandereta y le hacía el acompañamiento.

En la capilla el suelo, que era de vieja madera, tenía unas interesantes grietas, que comunicaban con la bodega. Por eso, cuando fray Jesús de Bedoña celebraba la misa y decía «Juana zuekin», era frecuente escuchar a la vez el «kikiriki» del gallo, como si asistiese a misa, y, al

responder el pueblo «Eta zure espirituarekin», también la gallinas enviaban a coro su «murmajeo».

Algunos días por las grietas salía un humo inesperado. Los fieles creían que la misa era con incienso, pero el aroma era picante y extraño. La verdad era que fray Faustino de Bedayo estaba asando para los frailes castañas en el tamboril que había instalado en la bodega.

El caserón estaba rodeado de una parcela, que anteriormente había sido jardín de la casa. Los frailes respetaron los árboles y convirtieron los parterres en piezas de labranza, para producir la hortaliza y verdura necesarias para las cuaresmas de la Orden Capuchina, que eran cuatro al año.

Fray Faustino de Bedayo era el hortelano, que producía envidia al vecindario por su «sasoi» y por lo bien cuidada que mantenía la huerta, productora de peras, ciruelas, higos, acelgas, berza, cardo, achicoria, lechuga, puerro, cebolla, etc... Este mismo hermano hacía de limosnero ambulante, de puerta en puerta y de caserío en caserío. También era el flamante sacristán, con lo que traía tres sueldos a casa o, mejor dicho, ocupaba tres puestos de trabajo por amor de Dios. En sus labores de sacristía llevaba bajo el brazo casullas, cálices y otros útiles sagrados, como si se tratara de un fardo de acelgas o una alforja con quesos.

Aquella primera Comunidad vivía en perfecta armonía y todos querían y apreciaban sobremanera a los hijos de San Francisco. Recibían toda la ayuda que necesitaban y ellos cumplían su deber de llevar el consuelo espiritual a todos, sin distinción.

Algunos años más tarde, el superior, fray Jesús de Bedoña, se trasladó a San Miguel de Aralar, para suplir en sus tareas de capellán a don Inocencio. Una tarde que se le ocurrió salir a recoger manzanilla por la zona de Bustintza, le visitó repentinamente la hermana muerte y abandonó para siempre este transitorio mundo y se presentó al Padre del cielo. Sus amigos instalaron en aquel lugar una estela con esta leyenda «Lurreko menditik abia —Jainkoaren mendietan— dut jarri kabia. Bedoña—tar aita Jesus Kaputxinua, 17-IX-68» (Caminante por los montes de la tierra, he puesto mi nido en los montes del Señor).

Lo mismo que este suceso, otros de diversa índole fueron cambiando aquella plantilla inicial de capuchinos de 1958. La gran acogida les fue facilitando el camino para proyectar una casa nueva, moderna, espaciosa, una iglesia catedralicia, todo de acuerdo con los tiempos actuales. Se han ido sucediendo muchos frailes, todos ellos muy queridos por los renterianos. Los actuales se han situado de otra forma, pero yo no puedo olvidar que «más presto se sube al cielo desde una choza, que desde un palacio». Por tanto a los capuchinos actuales les exigirán un pasaporte más riguroso, si quieren cruzar la frontera del cielo.

En alabanza de Cristo y del pobrecillo Francisco. Amén.

